

Un mundo en cambio

Por Irving Alcaraz (escritor y periodista)

Tom Wolfe describía así a los trabajadores estadounidenses por cuenta propia del año 2000:

“El típico electricista, técnico en aparatos de aire acondicionado o reparador de alarmas antirrobo llevaba una vida tal que habría asombrado al propio Rey Sol. Pasaba las vacaciones en Puerto Vallarta, Barbados o Saint Kitts-Nevis. Antes de la cena, salía a la terraza de un hotel de lujo con su tercera esposa, ataviado con una camisa hawaiana abierta hasta el ombligo para permitir que sus cadenas de oro tintinearán sobre el velludo pecho. Los dos pedían agua con gas Quibel, procedente del estado de West Virginia, puesto que las marcas Perrier o San Pellegrino les parecían demasiado vulgares.”

Otros miembros de los estratos bajos de la sociedad estadounidense con ese estilo de vida —podríamos agregar nosotros—, eran los obreros de las fábricas de la era industrial del Siglo XX a las que no habían llegado todavía los efectos tectónicos de la globalización y la automatización los que, pasados unos años, las convertirían en chatarra dejando a sus trabajadores, hasta entonces con empleos seguros y bien remunerados, poco menos que en la calle. Detroit es un ejemplo paradigmático.

Esos trabajadores, que sin duda eran los mejores del mundo en lo que hacían, no estaban preparados sin embargo para la nueva era industrial basada en el conocimiento que nacía en Estados Unidos y que se expandía por el mundo a velocidad de vértigo. Por decirlo de alguna forma, quedaron al margen de la Historia. Y eran millones. Los empleos que los sustentaban se esfumaron.

Esta situación, según un estudio del Premio Nobel de Economía Angus Deaton y Anne Case, su esposa, del que nos hemos enterado por un artículo de Moisés Naím, ha provocado un fenómeno estremecedor: la mortalidad en Estados Unidos está aumentando entre los hombres blancos de mediana edad y con menor educación, las principales víctimas del cambio estructural de la economía en el Siglo XXI.

En 1999 —dice el estudio, según Naím— la tasa de mortalidad en ese segmento de la población estadounidense era 30 por ciento más baja que la de los negros con sus mismas características. En 2015 era 30 por ciento más alta. Durante el

siglo pasado la mortalidad a nivel mundial ha estado cayendo al 2 por ciento por año en todos los países y en todas las categorías demográficas... menos entre los blancos estadounidenses de mediana edad y con menor educación.

¿POR QUÉ OCURRE ESTO?

Deaton y Case afirman —siempre según Naím— que en ese grupo de personas los suicidios y las muertes por sobredosis de drogas y alcoholismo aumentaron dramáticamente, así como se incrementaron también el cáncer, las enfermedades cardíacas y la obesidad. Desde el 2000 las muertes por esas causas entre los blancos poco instruidos de 50 y 54 años de edad se han duplicado, y se han cuadruplicado respecto de los blancos con estudios universitarios.

En cambio los negros e hispanos de similares características, que al igual que los blancos también perdieron sus empleos, han aumentado su longevidad.

¿Cómo se explica esa contradicción?

Pues al parecer lo que ha sucedido es que los blancos poco instruidos, que tenían los mejores empleos del mundo con referencia a sus habilidades, cuando los perdieron, dejaron de ver el futuro con optimismo y se sintieron cada vez más desprotegidos y sumidos en la desesperanza. Su nivel de vida descendió abruptamente. Bajaron por la escalera del progreso social, ya no subieron. Ocurría lo contrario con los hispanos y negros que seguían subiendo, aún en condiciones adversas, porque su punto de partida era más bajo.

La desesperanza que experimentan hoy los hombres blancos poco instruidos en Estados Unidos causa gran sufrimiento, dice Naím citando a Deaton y Case. Y agrega: “En Estados Unidos la mitad de los hombres desempleados toma medicinas contra el dolor y dos tercios consume opioides. El abuso de estas drogas se ha convertido en una gravísima epidemia. En 2015 más estadounidenses fallecieron por sobredosis de drogas que por armas de fuego y accidentes de tránsito. ¿La abrumadora mayoría de las víctimas? Hombres blancos.”

Adicionalmente, anotamos nosotros, los blancos están pasando por un mal momento en todo el mundo. Si un árabe, un latino o un negro, se organiza con sus iguales para defenderse de abusos, reales o no, y reclamar por sus derechos, es justificado y aún elogiado casi unánimemente. La mayoría de los medios de comunicación adoptan esa postura sin hacer muchas preguntas. Si un blanco hace lo mismo, es criticado con dureza y calificado de racista, derechista o cosas peores. No hay forma de que sus acciones sean comprendidas, toleradas y menos aplaudidas por una opinión pública cada vez más adversa. Esa actitud va en consonancia con el supuesto de que la decadencia de Occidente no solo es una

hipótesis, sino un hecho irrefutable y que en ese escenario a los blancos les ha llegado la hora de pagar por culpas propias y ajenas.

No debería sorprender entonces que en las últimas elecciones presidenciales en Estados Unidos 60 por ciento de ellos hubiera votado por Donald Trump que prometió hacer grande a su país “otra vez” y por lo tanto devolverles sus empleos (y su orgullo), sino que lo hubieran hecho tan pocos. Tampoco debería sorprender que atribuyeran sus desventuras a los inmigrantes, que en Estados Unidos o en cualquier otro lugar del mundo son el blanco preferido de quienes se sienten afectados por situaciones de crisis.

OTROS RESULTADOS DEL ESTUDIO

Gracias al estudio de Deaton y Case, podemos también tener una idea aproximada de cómo reaccionaron los seres humanos frente a la Primera Revolución Industrial, cuando la humanidad pasó de una economía estática, basada en la agricultura y el feudalismo, a otra de carácter auto-sostenido apoyada en la industria y el capitalismo. Quizás los viejos siervos de la gleba morían de tristeza mientras los artesanos se organizaban en el movimiento ludista para enfrentarse —inútilmente— al avance de las máquinas y los jóvenes se incorporaban a las fábricas con entusiasmo y esperanza.

El estudio nos da igualmente mejores argumentos para sostener que en períodos de transición tan profundos como el que hoy está experimentando la humanidad, la educación adquiere todavía más relevancia que la que solemos asignarle, con bastante hipocresía habría que agregar pues nadie parece tomarla realmente en serio y menos en Bolivia donde parece figurar en el último lugar de las prioridades. Hacer canchitas está bien, ¿pero no sería mejor construir escuelas y formar maestros?

En cuanto a la promesa de Trump de “hacer grande a Estados Unidos otra vez”, habría que dejar en claro que ese país ya es grande, en verdad el país más grande del mundo tanto en términos militares como económicos. Trump lo sabe, por lo que se podría deducir que tal vez su verdadera aspiración sea solo la de recuperar algo del esplendor que Estados Unidos tenía a fines del siglo pasado, cuando la caída del imperio soviético lo convirtió en la única potencia dominante del mundo a escala planetaria.

Si esa es su meta, quizás sea posible alcanzarla aunque eso va a depender de múltiples factores, la mayor parte de ellos ajenos a su voluntad, pero convertir a Estados Unidos nuevamente en el único pastor de la manada como lo fue por un breve período de tiempo tras la caída del muro de Berlín, es sencillamente imposible dados los cambios geológicos que ha experimentado la economía

mundial y por consiguiente la geopolítica internacional en los últimos treinta años. El mundo ha cambiado y no solo para los estadounidenses blancos poco educados.

UN MUNDO DIFERENTE

El Departamento de Agricultura de Estados Unidos ha calculado que el año 2030, que se encuentra, como se dice vulgarmente, a la vuelta de la esquina, los países con las economías más importantes del mundo serán, en este orden: Estados Unidos, China e India, con los dos primeros en un virtual empate.

En 1980 China ni siquiera figuraba entre los diez primeros. Su puesto era el undécimo. El de la India, el duodécimo. Y solo por su población, porque en términos per cápita la situación era mucho peor: 193 dólares en el primer caso, 271 en el segundo. El ingreso per cápita de Bolivia en esa época era de 845 dólares.

Hoy día, tres décadas y media después de haber iniciado sus reformas capitalistas y de libre mercado China es, en dólares corrientes, la segunda economía del mundo y la India—que empezó a aplicar sus propias reformas una década después—, la décima, aunque por paridad de compra China es la primera y la India, la tercera. Entre ambos han sacado a setecientos millones de personas de la pobreza, según cifras conservadoras.

Estados Unidos, que en 2006 representaba el 25 por ciento del PIB mundial, en 2015 bajó al 23 por ciento y el Departamento de Agricultura de ese país calcula que en 2030 va a llegar al 20 por ciento. Lejos están los días en que Estados Unidos llegó a ocupar el 35 por ciento del PIB global, por cierto como efecto de la Segunda Guerra Mundial (Henry Kissinger).

En 1978, cuando China empezó sus reformas, el estadounidense promedio era 22 veces más rico que el chino medio. Ahora lo es solo 5 veces. China es hoy la fábrica del mundo y su principal banquero, papel, este último, que le correspondía a Estados Unidos hasta hace muy pocos años.

¿Y qué está pasando con la educación, la principal herramienta de los exitosos? Aunque las universidades de Estados Unidos siguen siendo las mejores del mundo, no importa qué fuente se tome como referencia, en los niveles medios no ocurre tal cosa. Según las pruebas PISA, que organiza cada año la Organización Para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), “la diferencia de rendimiento en matemáticas entre los adolescentes de la provincia china de Shanghai y los de Estados Unidos es tan grande como la que separa a los adolescentes estadounidenses de los tunecinos” (Niall Ferguson).

China e India se están sumando así un poco tardíamente, pero dado su tamaño con la fuerza de un mega-terremoto, a las economías más vibrantes de Asia: Japón, Taiwan, Corea del Sur, Singapur y Hong Kong, convirtiendo a esa región en el nuevo centro de la economía mundial.

Jeffrey Sachs dice: “Desde el Siglo XIX las economías del Atlántico Norte han sido las potencias políticas y económicas del mundo. Los cataclismos de la Primera Guerra Mundial, la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial no despojaron de esa primacía a las potencias nor-atlánticas, aunque sí desplazaron el centro de gravedad geopolítico alejándolo de Europa, sobre todo del Imperio británico, en favor de Estados Unidos. En la actualidad, tras muchos siglos, el predominio económico y político inapelable del Atlántico Norte está próximo a su fin. El siglo norteamericano concluirá en la segunda mitad del Siglo XXI, cuando Asia se convierta en el centro de gravedad de la economía mundial en el sentido de que producirá más de la mitad de la renta mundial.” Hoy esa región ya es la más poblada del mundo.

La participación de Asia en el PIB mundial ha sufrido altibajos. En 1820 era el 56 por ciento (la mayor del mundo); en 1900, el 28 por ciento (debido al crecimiento de Europa y Estados Unidos por la Revolución Industrial); en 1950, el 18 por ciento; en 1970, el 23 por ciento; y en 2000, el 38 por ciento (Angus Maddison). Se calcula que llegará al 49 por ciento en 2025 y al 54 por ciento en 2050. Volver al futuro, podría decirse.

Esos datos son conocidos y no hacen otra cosa que confirmarnos que estamos a bordo del cambio más profundo y trascendente de la historia de la humanidad desde el desplazamiento de Oriente por Occidente como el centro de la economía mundial como efecto de la Primera Revolución Industrial. ¿Más profundo aún que el surgimiento y posterior caída del imperio soviético, que llegó a abarcar a casi medio planeta? Sí, sin lugar a dudas, porque la URSS disputó a Estados Unidos la supremacía global con armas e ideología, pero sobre cimientos muy endebles. Su economía nunca pudo superar la fase de producción de materias primas, más propia de un país del Tercer Mundo que de una gran potencia. En palabras de la época, sarcásticas desde luego, la Unión Soviética podía producir misiles, pero no jabón, una ecuación que jamás pudo resolver. Su final era, en cierta manera, predecible.

China e India, las nuevas potencias emergentes de Asia, no. Ellas no disputan a Occidente y a su buque insignia Estados Unidos territorios (por lo menos no por ahora), sino mercados. Han ingresado al capitalismo con la angustiosa premura de quien sabe que no hay tiempo que perder y se abren paso a codazos, sin muchos escrúpulos que digamos, en los cinco continentes. Despliegan empresas, no

ejércitos ni comisarios políticos, buscando, como diligentes hormigas, fuentes de abastecimiento de energía, minerales y alimentos, no solo para satisfacer las crecientes necesidades de sus habitantes, los más numerosos del planeta, que han descubierto, deslumbrados, el consumo, sino para transformar esos productos en manufacturas que luego venden al mundo a precios de remate acumulando cantidades siderales de dinero. En esa lucha titánica, despiadada y sin cuartel, mercado que ganan es un mercado que Occidente pierde. Las viejas lealtades se derrumban. Los antiguos socios ya no lo son tanto. Actualizando una vieja frase: Los mercados no tienen amigos, solo intereses.

Por primera vez desde su surgimiento como el centro del mundo, Occidente enfrenta a países con economías exitosas que le plantan cara en su propio terreno, el terreno del capitalismo. Son países con economías que se apoyan, ya no en la producción de materias primas —más bien las buscan—, sino en la de manufacturas y, en grado cada vez mayor, de tecnología. Son, además, países ajenos a la civilización occidental, es decir a aquella erigida sobre la razón griega, el derecho romano y el cristianismo. Vienen desde el Lejano Oriente, como los ejércitos del gran Temujin, portando en sus alforjas comportamientos sociales que no conocemos, formas distintas de ver la vida, pero esta vez montados sobre caballos que viajan por el aire.

La Unión Soviética fue un gigante militar que ocupó territorios, construyó un arsenal de bombas nucleares e incluso envió satélites y seres humanos al espacio. Fue una amenaza real, incluso en el sentido de la supervivencia. Pero fue una amenaza que estaba dentro de casa. En efecto, la URSS pertenecía al ámbito occidental y cristiano. La Guerra Fría fue, desde ese punto de vista, una guerra civil, como también lo fueron la Primera y la Segunda Guerra mundiales. De hecho, la democracia y el comunismo nacieron en Occidente. Y el fascismo también. Eso no ocurre ahora. El desafío a Occidente parte de culturas que beben de otras fuentes y que por lo mismo están moldeando el planeta de otra manera. ¿Y el capitalismo? podría alguien preguntar. ¿No es también una creación de Occidente? Sí, pero dado que es el sistema económico que refleja más fielmente la naturaleza humana (el egoísmo y la codicia sobre todo), es también universal. Esa es, quizás, la razón de fondo de su exitosa adaptación a culturas tan diferentes como las que albergan a Londres, Nueva Delhi o Beijing. El capitalismo es su común denominador, pero las diferencias existen y no son poca cosa. Una de ellas es, por ejemplo, que el capitalismo occidental se expresa políticamente en la democracia y el asiático en el autoritarismo y la dictadura (al menos en sus primeras etapas). ¿Es este último caso el que nos espera?

Hasta el nacimiento del capitalismo (capital obtenido de la producción agrícola y del comercio aplicado al desarrollo de las máquinas y el trabajo) en la segunda

mitad del siglo XVIII, la humanidad no había experimentado cambios significativos en su nivel de vida. La renta per cápita mundial en el primer milenio no creció prácticamente nada y entre 1000 y 1800 a lo sumo un 50 por ciento. ¡Un 50 por ciento en ochocientos años! (Angus Maddison).

Con el capitalismo y la Revolución Industrial, Europa despegó y su PIB per cápita creció al 1.5 por ciento anual entre 1820 y 1998, alcanzando los 20 mil dólares al cabo de esos años. El PIB per cápita de Estados Unidos, en el mismo período, creció al 1.7 por ciento y alcanzó los 30 mil dólares. El PIB global estadounidense, que en 1820 era de 12.548 dólares constantes, en 1998 llegó a 7.406.631 millones, ¡590 veces más! La población de Estados Unidos, que en 1820 era de aproximadamente 10 millones, en 1998 llegó a 276 millones, ¡27 veces más! Los efectos de esa mega-exploración económica, demográfica y social sacudieron al planeta entero. La población mundial, que había crecido de 230 millones en el año 1 a.d.c. a 270 millones en el año 1000 y a 900 millones en el año 1800, se disparó a más de 6.000 millones en el año 2000 (Angus Maddison). Hoy supera los 7.300 millones y la Organización de Naciones Unidas vaticina que llegará a 8.500 millones en 2030 y a 9.700 millones en 2050. Según Raymond Kurzweil la esperanza de vida, que en la época de los cromagnones fue de unos 18 años; en el Antiguo Egipto, de 25; en 1400, de 30; en 1800, de 37; y hoy, de 70, muy pronto alcanzará límites inverosímiles. Kurzweil es un futurólogo y, como tal, sujeto a controversias, pero en todo caso es un hecho incontrastable que la población mundial crece y vive más tiempo. Eso está creando problemas, pero éstos nada tienen que ver con la pobreza en la que humanidad estaba sumergida hace apenas hace dos siglos. Los pobres mueren jóvenes, los que tienen comida y salud, no.

El gigantesco salto de Occidente al desarrollo cambio el mundo para siempre. Puso al alcance de los seres humanos objetos e instituciones que eran inimaginables hace tan solo décadas. Por citar solo algunos ejemplos (y hay millones): los alimentos en variedades y cantidades cada vez más grandes, las medicinas, los hospitales, las escuelas, las universidades, la radio, el cine, la televisión, la energía eléctrica, la energía atómica, las autopistas, los automóviles, los aviones, los trenes, las bicicletas, la vestimenta, los satélites, las computadoras, internet, los celulares, los marcapasos, los implantes dentarios, las impresoras y un inmenso etcétera. Si uno vuelca la mirada en cualquier dirección se encontrará con objetos e instrumentos creados por Occidente. Muy pocos visionarios alcanzaron a ver lo que la libertad económica y el conocimiento, extendidos a millones de personas, traerían consigo. Pierre Teilhard de Chardin anticipó, años antes de que se produjera, el nacimiento de internet. Lo llamó “noosfera” y Marshall McLuhan transmitió a los hombres la idea de “la aldea

global”, un concepto revolucionario en su época que hoy hasta un niño podría comprender.

China, que antes de 1500 —cuando era el país más desarrollado del mundo— había inventado el papel, la pólvora, la brújula, los fósforos, el ábaco, entre otras cosas, ha crecido en los últimos 30 años a tasas de entre el 8 y el 10 por ciento, llegando a multiplicar su PIB per cápita por 40. La India, que nos legó, junto con los árabes, el sistema numérico actual llamado por lo mismo indo-arábigo, las matemáticas avanzadas (algunos dicen que hasta inventó el cero; otros, que los inventores fueron los mayas), la metalurgia del hierro y el cultivo y el uso del algodón, lo ha multiplicado por 10. Juntos suman hoy casi 2.600 millones de habitantes, un tercio de la población mundial.

Su gravitación, como es lógico, se extiende ahora por todo el globo (por el momento con más intensidad y amplitud la de China, como es notorio). Están de vuelta y han llegado para quedarse. ¿Cómo va a cambiar el mundo a partir de esta realidad? No lo sabemos, pero algunos movimientos de alcance geológico ya han comenzado a sentirse. Por ejemplo, el poder relativo de Estados Unidos se ha reducido; el de Europa, ni qué se diga. La importancia de la democracia, el modelo político occidental por excelencia, está en declive. A la China y a la India—aunque este último también es un país democrático, por lo menos formalmente— les importa un rábano la democracia en su relacionamiento con el mundo. Hacer negocios con gobiernos dictatoriales o autoritarios es, en todo caso, mucho más rentable a la hora de resguardar o ampliar el área de sus intereses. Los gobiernos de esa naturaleza son, por lo general, más vulnerables a la necesidad, la presión o el cohecho. China no tiene organismos de fiscalización independientes del poder político así que puede obrar en esa materia con las manos libres, obteniendo suculentas tajadas. India actúa del mismo modo, aunque arriesgándose a algunos escándalos porque allí hay prensa libre y pluralismo político. Y por supuesto, Occidente ya no defiende la democracia con el vigor y la convicción de antaño. Militarmente Estados Unidos ha abandonado vastos espacios en el Medio Oriente, los que están siendo ocupados por otros actores. Y el Islam radical acecha. Niall Ferguson ha observado que históricamente la violencia sobreviene cuando los imperios se retiran, ¿es eso lo que está pasando?

En América Latina, la incorporación de China a la mesa de los grandes ha dado lugar a la “década prodigiosa”, en la que los países productores de materias primas han obtenido ingresos sin parangón en su historia. (Bolivia recibió en once años el equivalente a medio Plan Marshal, según Gonzalo Chávez). La súbita inyección de riqueza alentó el surgimiento de regímenes populistas, colectivistas y estatistas con tendencias autoritarias en casi todo el continente. Sobre esa base y con los bolsillos repletos de dinero, Lula y Chávez creyeron que había llegado el

momento de dar un viraje de gran calado a la posición de América Latina en el mundo encaminándola a una confrontación con Estados Unidos y a una aproximación con sus enemigos, pero cuando el boom chino cayó, cayeron también sus sueños.

¿De modo que en los tiempos actuales se podría aplicar la misma frase que antes se usaba con Estados Unidos? Sí, sin lugar a dudas. Si China estornuda, a los productores de materias primas les da pulmonía. América Latina, como gran productor de materias primas, se benefició de la avidez china, pero esa situación acentuó su dependencia de esos productos. Un informe del BID sobre la incidencia de las materias primas en las exportaciones de la región, citado por Andrés Oppenheimer en 2016, lo confirma:

Bolivia, 97 por ciento; Venezuela, 96; Ecuador, 94; Chile, 88; Perú, 87; Panamá, 86; Colombia, 83; Argentina, 69, Brasil, 67; Costa Rica 41, México, 22.

No es extraño entonces que el fin del boom chino terminara con las aspiraciones del Foro de San Pablo y del Socialismo del Siglo XXI.

CHINA E INDIA VUELVEN A SER GRANDES OTRA VEZ

De todos modos, China ha vuelto a las ligas mayores y la India también. Han vuelto a ser grandes y en el futuro serán más grandes aún. Estados Unidos pretende a su vez “volver a ser grande” de la mano de Trump. Estados Unidos no ha caído ni mucho menos, pero han aparecido potencias que le están disputando los espacios globales. La convivencia no va ser nada fácil. Es cierto, en algún momento del futuro Estados Unidos va a dejar de ser la primera potencia del mundo e incluso se va a extinguir, como le pasó a la Macedonia de Alejandro Magno, la Roma de Julio César, la Mongolia de Gengis Kan, la Turquía de Mohammed II o la Inglaterra de la Reina Victoria. Pero ese momento no ha llegado todavía. En consecuencia el mundo va a tener que aprender a vivir durante mucho tiempo con potencias equivalentes —o casi equivalentes— en el plano económico, político y militar, lo que va a establecer una paz frágil e inestable.

Esta nueva realidad plantea tres escenarios:

- 1) Una confrontación militar global de consecuencias inimaginables.
- 2) Una paz con inestabilidad permanente y confrontaciones localizadas en la periferia, al estilo de la Guerra Fría.
- 3) Una cooperación científica y tecnológica entre las grandes potencias en el marco de una convivencia pacífica, que llevaría a la humanidad a alturas jamás alcanzadas por la suma de cerebros que eso significaría.

En los dos últimos escenarios el intercambio de conocimiento —voluntario o no— será inevitable pues, como ya se ha visto en la historia, la ciencia y la tecnología rompen fronteras con más facilidad que los ejércitos.